

no iba a tener tiempo de alertar a su gente, y mucho menos de organizar la defensa.

Y así se hizo. Los guerreros se escondieron, no sin antes darle a Zumac un besito de despedida y buena suerte. Ninguno quiso dejar de hacerlo, así que la joven bajó hacia la quebrada con la cara estampada de besos.

Zumac era muy linda, pero nada buenita y, por supuesto, muy mentirosa, así que cumplió de maravillas su papel, como una verdadera espía profesional.

Llegando al pueblo, empezó a llorar (o, mejor dicho, a hacer que lloraba, pero parecía que lloraba de verdad, porque le salía muy bien). Decía que se había perdido, y que le daba miedo volver sola por las montañas en una noche tan oscura, y que si no se podía quedar hasta mañana, y que tenía tanto miedo, y que quería ver al jefe (esta era la parte más importante), y que quería ver al jefe, y que quería ver al jefe. Lo dijo como cincuenta veces.

Como los humahuacas eran muy buena gente, le dijeron a todo que sí, pero llevarla a ver al jefe... A eso nadie se animaba. Sabían perfectamente lo incómodo que se pondría Aino frente a una desconocida tan linda, y tenían miedo de que se enojara con ellos, porque Aino era muy bueno, pero también tenía su carácter.

Quién sabe si Zumac hubiera logrado su objetivo, si justo en ese momento, no hubiera pasado por ahí la mismísima madre de Aino.

Poco le importó a la vieja humahuaca si Zumac estaba perdida, o qué le pasaba. La vio y pensó: “Mujer, bonita, extranjera... Mmmm... Capaz que con esta tenemos suerte”.

Y antes de que Zumac le pudiera contar su mentira, la agarró de una mano y se la llevó corriendo a la casa de Aino.

—Nene —le dijo (Aino no había podido sacarle esa costumbre)—, acá hay una señorita de no sé dónde, que necesita de tu ayuda. A ver qué podés hacer —y agregó más bajito, acercándose a su hijo—: Esmerate, nene.

Y, tan rápido como había llegado, desapareció por la puerta, dejando a Aino frente a frente con Zumac.

Zumac sonrió, y Aino se dio cuenta de que se estaba poniendo colorado como un tomate.

—Sí... sí... se... se... señorita —¡y ahora el tartamudeo!—. ¿En qué... en qué pupú... puedo ayudarla?

Zumac lo miró extrañada. Nadie le había dicho que el jefe humahuaca era tartamudo.

Aino se pasó la mano por la frente. Transpiraba como si hubiera salido a cazar guanacos.

—U... u... u... usted dirá —insistió.

Zumac se sobrepuso a su sorpresa y volvió a contar otra vez la historia de la jovencita perdida en la noche, pero, como ya estaba justamente frente al jefe, le agregó otro dato: dijo algo así como que unos hombres muy malos la venían persiguiendo (no dio señas ni nombres), que por eso se había perdido, y que por eso... ¡¡¡QUERÍA DORMIR AHÍ...!!! Donde pudieran protegerla, agregó.

Aino tragó saliva. ¿En qué lío lo había metido su madre?

—E... e... está bien —dijo por fin—. Le... le... le vamos a dar protec... protec... protección. Ordenaré a mimí (¿a mimí?)... a mis guardias que la acomoden en una casa desocupada y cuiden su pupú... puerta toda la noche.

“¡Idiota!”, pensó Zumac, “¿quién quiere a tus guardias?”. Claro que no dijo eso. Bajó suavemente los párpados de largas pestañas, y con un hilito de voz susurró:

—No. Quiero dormir acá...

Aino se frotó la cara con las manos. ¿Por qué le estaba pasando esto?

—U... u... usted comprenderá, seño... seño... señorita...

—Llámeme Zumi —dijo Zumac.

—Si... no... ch... se... zu... zu... señorita —ahí Aino suspiró para adentro, furioso consigo mismo—, dormir acá no es posible.

—Acá... —volvió a repetir Zumac e hizo que una lágrima le rodara por la mejilla. “Genial”, pensó.

—Eh... No —repitió Aino.

—Por favor... —Dos lágrimas.

—No... no... no se ponga a llorar, mimí...

—Zumi...

—Mimí... mire. Yo... acá...

—Acá... —repitió Zumac.

Aino se dio por vencido.

—Está bien. Acá —aceptó.

“¡Esa!”, se dijo Zumac, apretando los puños disimuladamente.

—Puede dormir en mi cama. Yo me acomodo por ahí.

Aino notó que el malhumor había hecho que se le fuera el tartamudeo.

—Todavía no tengo sueño... —dijo Zumac, que tenía bien clarito que el que se tenía que dormir era Aino, y no ella.

—Como quiera. Ahora, si me disculpa, tengo cosas que hacer.

“Sí... enamorarte de mí”, pensó Zumac con una sonrisa maléfica. Y puso manos a la

obra. Hizo de todo, bailó, cantó, tocó los tambores, contó historias, sonrió... pero no logró que Aino le llevara el apunte. El jefe leía y anotaba signos raros en una piedra chata... como si hiciera cuentas, o escribiera cosas que ella no entendía. Ni siquiera la miró. La verdad es que Aino no estaba haciendo nada importante, sólo se escondía detrás de las piedras para no tener que hablar con ella, y lo único que quería, desesperadamente, era que Zumac se durmiera de una buena vez.

Cada tanto, Zumac se asomaba por la ventana y movía un pañuelo amarillo: era la señal convenida para que los guerreros siguieran esperando. Cuando sacara el pañuelo rojo, quería decir que podían atacar. ¡Pero qué! Aino estaba más despierto que una lechuza a medianoche. Claro, ni ella ni los diaguítas ni los calchaquíes habían oído hablar de la terrible timidez de Aino, y esto estaba desbaratando sus planes.



En un momento, Zumac se sentó en la cama, tratando de pensar qué otra cosa podía hacer para llamar la atención de Aino, pero, antes de que se le ocurriera, se quedó dormida.

Cuando Aino la vio, respiró aliviado. Se paró para estirar las piernas, y levantó un pañuelo rojo que vio tirado en el piso. Después se asomó a la ventana. Necesitaba respirar un poco de aire fresco. Distraído, se pasó el pañuelo por la cara. Todavía estaba transpirando.

Los guerreros vieron el pañuelo rojo, pero no vieron a Aino, porque, si se recuerda, era una noche muy oscura. "Listo", pensaron, y al grito de "¡Al ataque!", salieron de su escondite y bajaron por la montaña sacudiendo las lanzas en el aire.

Aino se refregó los ojos (también con el pañuelo). No veía a los guerreros, pero veía las lanzas. La verdad es que creyó que los que estaban atacando eran "los hombres malos" que perseguían a Zumac, y como había prometido protegerla, corrió a dar la señal de alarma: cinco golpes de tambor y un estornudo (era en clave).

Los humahuacas eran un pueblo muy pacífico que no peleaba nunca, pero tampoco eran tontos. Tenían muy bien armados sus sistemas de defensa. Hombres, mujeres, chicos y ancianos corrieron al fondo de sus casas en busca de las municiones: tomates.

El ejército diago-calchaquí o calchaco-diaguita (ni esa noche se habían puesto de acuerdo) se vio detenido por una lluvia de tomates que caía



por todas partes. ¡Y qué puntería tenían los humahuacas! Por un momento, esto los desconcertó, pero enseguida se dieron cuenta de que una flecha puede más que un tomate, y esquivando los golpes siguieron avanzando.

Zumac se despertó con los gritos, rompió un jarrón en la cabeza del humahuaca que Aino había dejado para cuidarla, y huyó a las montañas. Aino llegó a verla entre tomate y tomate. Ahí entendió todo. "Seré tímido, pero no tonto", pensó, "¿mirá si me dormía?"...

Lo cierto es que dormidos o despiertos, los humahuacas no podían contra semejante ejército. Eso de la alianza estaba funcionando muy bien. Los calchaco-diaguitas eran muchos y los diago-calchaquíes parecían muchos más. Cuando terminaron con los tomates, los humahuacas empezaron con las papas, y después, con los zapallos, y hasta perejil tiraron, pero no conseguían detenerlos.

Aino peleaba con valentía. Atajaba las flechas con el pecho, con las manos y hasta con los dedos de los pies. Por cada flecha que recibía, tiraba por lo menos cinco tomates, pero, a pesar de eso, se había dado cuenta de que los iban a vencer. Entonces, subió al techo de su casa y les gritó con toda su furia:

—¡Jamás podrán sacarnos de nuestra tierra! ¡Echaremos raíces si es necesario! ¡¡¡Y el que intente arrancarnos de este lugar conocerá el dolor, se los aseguro!!!

Su voz sonó como un eco entre las montañas. Todos los humahuacas levantaron sus brazos para apoyarlo... y en ese momento, sintieron que sus pies se hundían en la tierra, y un tronco duro y lleno de espinas los recubría para protegerlos.

Todos los humahuacas se habían transformado en cactus. Cactus enormes y pinchudos que levantaban sus brazos al cielo.

Los diaguitas y los calchaquíes notaron que los tomatazos habían terminado. Entre sombras, por aquello de la noche oscura, veían que los humahuacas se habían quedado muy quietos. Entusiasmados por el triunfo, se lanzaron al último ataque. Corriendo, se arrojaron contra los cactus creyendo que eran personas, y las espinas los hicieron aullar de dolor. “Yo se los dije”, se sonreía Aino, el cactus más grande.

Los diaguitas y los calchaquíes salieron corriendo de la quebrada, tratando de arrancarse como podían las espinas que les habían quedado clavadas.

—Va a ser mejor atacar de día —dijeron los jefes—. Ya los tenemos listos, no tienen más municiones.

Pero, cuando amaneció, no pudieron creer lo que estaban viendo. Los humahuacas habían desaparecido, no quedaba ni uno, pero también habían desaparecido las casas, y las cercas, y las plantaciones, y los árboles, y todo. En la quebrada, sobre una tierra seca y rojiza, solo quedaban unas plantas enormes que ellos nunca habían visto, y el ruido del viento que no cesaba.

Los diaguitas y los calchaquíes volvieron a sus tierras. La quebrada reseca ya no les servía para nada y, aunque les hubiera servido, ya nadie quería bajar, por miedo a los pinchazos. A Zumac no la volvieron a ver. Avergonzada por no haber podido enamorar a Aino, parece que se quedó a vivir sola en las montañas.

Desde entonces, la quebrada de Humahuaca tiene ese aspecto, seco y árido, y está llena de cactus que siguen cuidando su tierra. En primavera les brotan unas enormes flores rojas, blancas o amarillas. Dicen los que saben que son las almas de los humahuacas que se asoman para ver su tierra y para recordarles a todos que jamás los van a poder sacar de ahí.

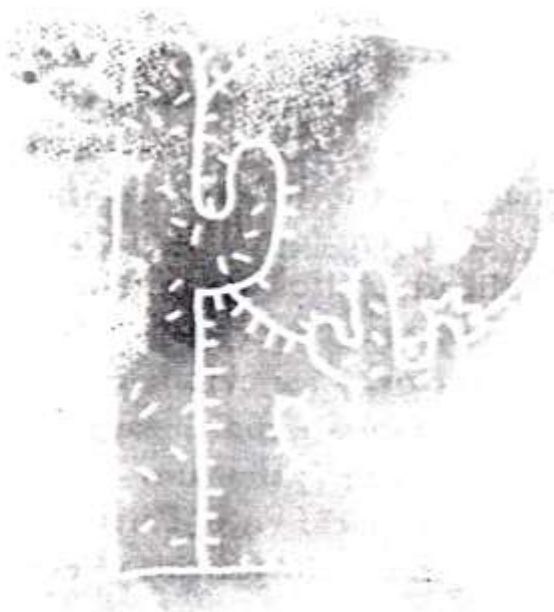


Algunas palabras y expresiones raras

TA BUENO: está bueno.

Algo sobre el cactus

El cactus también se llama cardón. Su tronco y sus ramas son de una madera muy fuerte que se utiliza en el campo para la construcción de casas. Está recubierto de espinas, que en realidad son las hojas. Crece en lugares muy secos, ya que es una planta que necesita poca agua para vivir.



Algo sobre los calchaquíes y los diaguitas

Estos dos pueblos formaban parte de una misma cultura. Eso quiere decir que tenían costumbres muy parecidas y hablaban la misma lengua, pero mientras que los calchaquíes vivían en los Valles Calchaquíes de la provincia de Salta, los diaguitas vivían un poco más al sur, en Catamarca.

De todas las poblaciones que habitaban la Argentina antes de la llegada de los españoles, parece que la cultura diaguita era la más desarrollada. Vivían en casas de piedra con techos de paja, y formaban poblaciones bastante numerosas. Se ve que eran un montón. No solo cultivaban la tierra, sino que también conocían el riego. Esto, que ahora nos parece muy simple porque cualquiera tiene una canilla y una regadera en su casa, en aquella época era algo bastante complicado. Ellos plantaban sus semillas y después tenían que hacer canaletas para desviar el agua de los ríos, y así evitaban que las plantas se secaran. Plantaban maíz, zapallo y porotos. Dicen que, alrededor del año 1470, los incas, que tenían su imperio en el Perú, llegaron hasta Catamarca y los conquistaron, y les enseñaron a

construir caminos y fortalezas, algunas de las cuales todavía se conservan.

